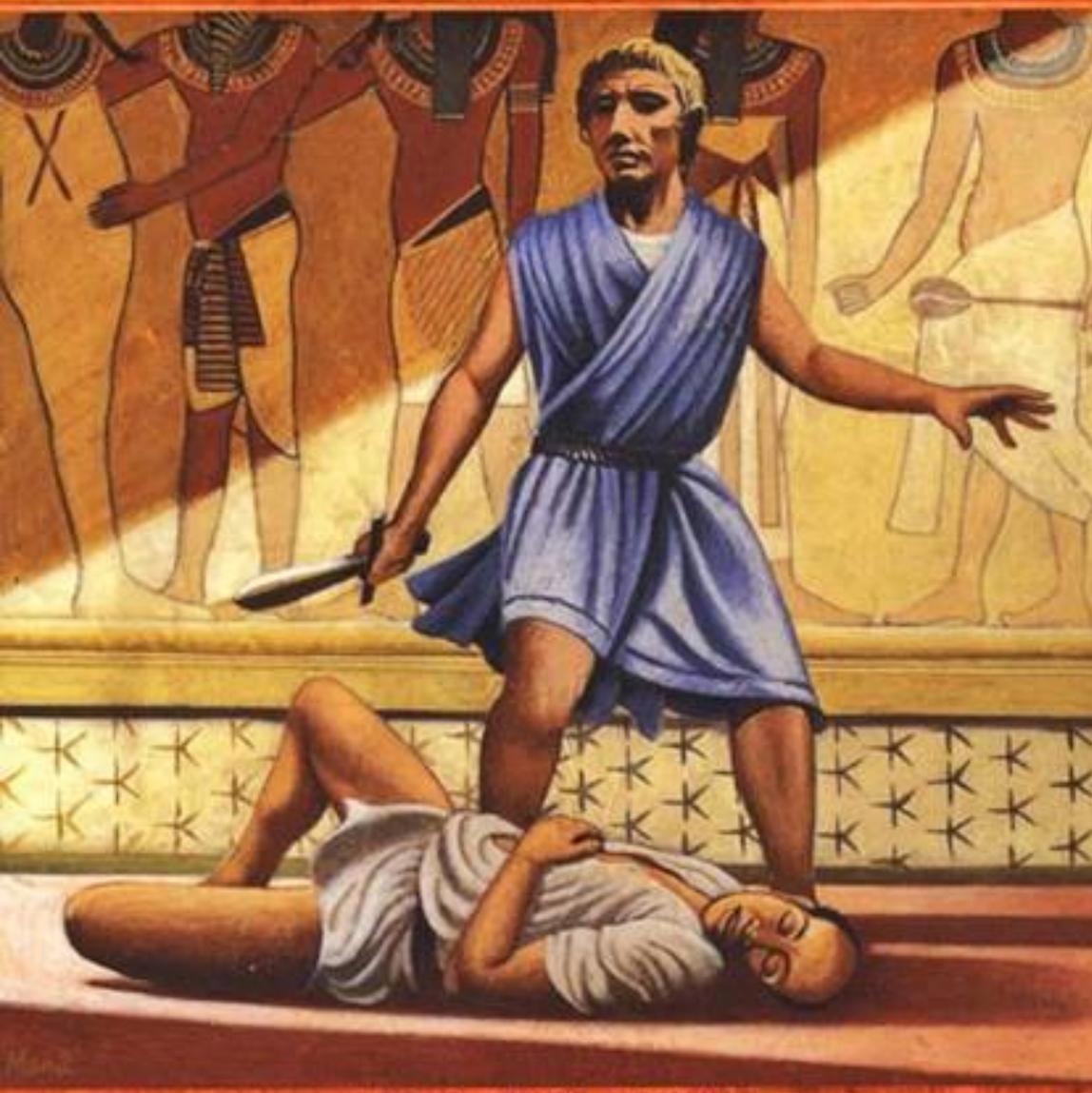


EL TEMPLO DE LAS MUSAS

S · P · Q · R



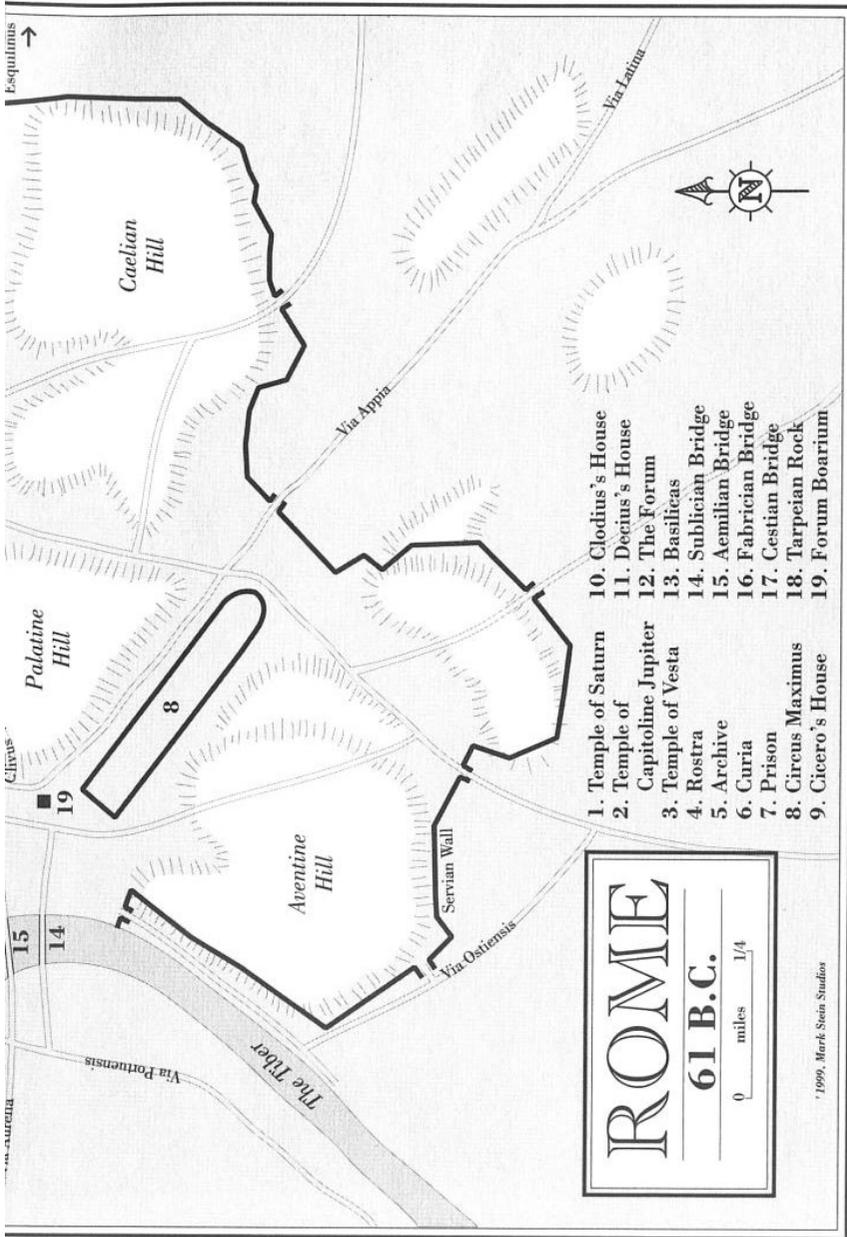
EDGAR AWARD NOMINEE

JOHN MADDOX ROBERTS

Cuando al senador romano Decio Cecilio Metelo el Joven se le presenta la oportunidad de unirse a una misión diplomática en Alejandría, la abraza esperando eludir temporalmente a sus enemigos en la Ciudad Eterna, incluso si eso significa abandonar su amada Roma.

Decio comienza a gozar de los placeres exóticos de su puesto cuando acaece la muerte de un irascible filósofo, coincidiendo con los anuncios apocalípticos del carismático líder de una secta. Intrigado, Decio solicita permiso al faraón egipcio para investigar el horrible crimen, y lo que descubre está más allá de cualquier previsión.

Finalmente, cuando el cadáver de un famoso cortesano aparece misteriosamente en la cama de Decio, este se descubre a sí mismo en medio de una trama de conspiraciones más extendida y peligrosa de lo que jamás hubiese imaginado. Una conspiración que tiene como objetivo la caída del Imperio romano.



## I

**N**UNCA HE SIDO de los que creen preferible estar muerto a abandonar Roma. De hecho, he huido de ella muchas veces con el fin de salvar el pellejo. Pero lejos de Roma la vida siempre me ha parecido una muerte en vida, una suspensión de los procesos vitales, una sensación de que todo lo importante ocurre lejos.

Me acuerdo como si fuera ayer de la primera vez que vi la ciudad, salvo que no recuerdo nada en absoluto de ayer. Por supuesto, cuando te aproximabas a Alejandría en barco, lo primero que veías no era la ciudad sino Faros.

Aparecía como una mancha en el horizonte cuando todavía nos hallábamos por lo menos a veinte millas mar adentro. Nos habíamos dirigido derechos a ella como unos necios en lugar de bordear la costa como hombres sensatos. Para colmo no íbamos a bordo de un buque mercante preparado para soportar una tempestad en el mar, sino en una espléndida galera de guerra con suficiente pintura y dorados para hundir una embarcación más pequeña. En la proa, justo encima del espolón, había un par de cocodrilos de bronce que parecían echar espuma por sus dentadas mandíbulas a medida que los veloces remos nos impulsaban sobre las olas.

—Esto es Alejandría —anunció el capitán, un chipriota de tez curtida que vestía uniforme romano.

–Hemos ido a buen ritmo –gruñó mi pariente de alto rango, Metelo Crético.

Como la mayoría de los romanos, ambos odiábamos el mar y todo lo relacionado con la navegación. Por esa razón habíamos escogido el modo más peligroso de viajar a Egipto, por tratarse del más rápido. No existe nada más veloz que un trirreme romano a todo remo y habíamos hecho sudar a los remeros desde el momento mismo que zarpamos del puerto de Massilia<sup>[1]</sup>.

Nos había llevado hasta allí la tediosa misión de intentar disuadir a un puñado de galos desafectos de unirse a los helvecios. Yo detestaba la Galia y salté de alegría cuando Crético recibió un despacho especial del Senado donde se le comunicaba el traslado inmediato a la embajada egipcia.

En la galera había un encantador castillo en miniatura erigido frente al mástil, y subí a su plataforma para tener una perspectiva mejor. Al cabo de unos minutos la mancha se convirtió en una nítida columna de humo, y poco después apareció la torre. Desde tan lejos no había puntos de referencia para calcular sus proporciones y costaba creer que se tratara de una de las maravillas del mundo.

–¿Quieres decir que ese es el famoso faro?

La pregunta procedía de mi esclavo Hermes, que había subido dando tumbos detrás de mí. Se mareaba aún más que yo en los viajes por mar, motivo de cierta satisfacción para mí.

–Tengo entendido que es más impresionante de cerca –afirmé.

Al principio se veía como una delgada columna de un blanco deslumbrante bajo el sol del mediodía. Pero a medida que nos acercábamos observé que el esbelto pilar se asentaba sobre otro más macizo, y este sobre otro aún más ancho. Entonces divisamos la isla, y empecé a hacerme una idea de lo enorme que era el faro, porque domi-

naba totalmente la isla de Faros, que en sí misma era lo bastante grande para ocultar toda la ciudad de Alejandría.

El faro se erigía en el extremo oriental de la isla, y hacia ese cabo viramos, ya que nos dirigíamos al Gran Puerto. En el extremo occidental se hallaba Eunostos, el puerto del Buen Regreso, donde los barcos podían adentrarse en el canal que comunicaba la ciudad con el Nilo, o seguir hasta el lago Mareoti, en el sur. De ahí que fuera el puerto comercial por excelencia. Pero habíamos venido en misión gubernamental e iban a recibirnos en el palacio, que se hallaba en el Gran Puerto.

Mientras rodeábamos el extremo oriental de la ciudad, Hermes estiró el cuello para contemplar el faro. Este estaba coronado por una cabina redonda de la que salían humo y llamas que danzaban al viento.

–Es muy alto –admitió.

–Más de ciento veinte metros, según dicen –informé.

Los antiguos Reyes Sucesores que gobernaron después de Alejandro hicieron construir a una escala que rivalizaba con la de los faraones. Sus gigantescas tumbas, templos y estatuas no servían de gran cosa salvo para impresionar, pues de eso se trataba. Nosotros los romanos podemos comprenderlo porque sabemos lo importante que es impresionar a la gente. Por supuesto, preferimos hacerlo con cosas útiles, como carreteras, acueductos y puentes. Al menos el faro era una estructura útil, aunque un tanto descomunal.

Al pasar entre Faros y el cabo Loquias apareció ante nosotros la ciudad, que nos dejó sin aliento. Se hallaba situada en una lengua de tierra que separaba el lago de Mareotis del mar, justo al oeste del delta del Nilo. Alejandro había escogido ese lugar con la intención de que la nueva capital formara parte del mundo griego, y no del Antiguo Egipto dominado por los sacerdotes. Y había resultado una medida sabia. Toda la ciudad había sido construida en piedra blanca y el efecto era asombroso. Parecía

una maqueta de una ciudad ideal, antes que algo real. Roma no es una ciudad hermosa, aunque tiene edificios bonitos. Alejandría era de una belleza sin parangón. Su población era mayor que la de Roma, pero no tenía el aspecto aglomerado y desordenado de esta. En aquella llana lengua de tierra, los edificios más altos se veían perfectamente desde el puerto, empezando por el enorme templo consagrado a Serapis en el barrio oeste y terminando por la extraña colina artificial y el Páneo, al este.

El mayor conjunto de edificios era el palacio, que se extendía desde la puerta de la Luna hacia el este siguiendo la curva en forma de hoz del cabo Loquias. También estaba el palacio de la isla que se hallaba en el puerto, y el puerto real junto al complejo palaciego. A los Tolomeos les gustaba vivir con todo lujo.

Bajé a cubierta y pedí a Hermes que me trajera mi mejor toga. Los marineros de cubierta sacaban brillo a sus armaduras, pero nuestra misión era diplomática, así que Crético y yo no íbamos a llevar uniforme militar.

Vestidos con nuestros mejores ropajes y flanqueados por nuestra guardia de honor, nos acercamos al muelle más próximo a la puerta de la Luna. Sobre la puerta se veía la figura de la hermosa pero extremadamente alargada diosa Nut, la divinidad egipcia del cielo. Tenía los pies a un lado de la puerta, y arqueaba su delgado cuerpo por encima de esta hasta descansar la punta de los dedos de las manos en el otro lado. Tenía el cuerpo azul oscuro tachonado de estrellas, y debajo del arco colgaba un enorme gong en forma de disco solar. Estas reminiscencias de la religión egipcia se veían por todas partes en Alejandría, que por lo demás era una ciudad griega.

Nos dirigimos a toda velocidad al embarcadero de piedra, como si quisiéramos chocar contra él y hundirlo. En el último momento el capitán bramó una orden y los remos se sumergieron en el agua y así permanecieron, levantan-

do mucha espuma. El barco viró y se detuvo con suavidad frente al malecón.

–Podríamos haber atado en el espolón una rosa y esta no habría perdido un solo pétalo –se felicitó el capitán con justificada exageración.

Levantaron los remos, arrojaron cuerdas a tierra y el trireme fue amarrado al desembarcadero. A continuación bajaron con una grúa la gran pasarela hasta la calzada de piedra y los marineros se colocaron a lo largo de la barandilla con sus anticuados petos de bronce brillando al sol.

Había venido de la ciudad a recibirnos una delegación compuesta por funcionarios de la corte vestidos con el típico traje egipcio y por romanos de la embajada ataviados con sus togas. El contingente egipcio no había olvidado traer consigo entretenimiento, y nos vimos rodeados de volteadores, monos adiestrados y varias muchachas desnudas que danzaban lujuriosamente. Los romanos eran más decorosos, pero algunos se tambaleaban, borrachos desde primera hora de la mañana.

–Creo que este lugar me gustará –comenté mientras bajábamos por la pasarela.

–No lo dudo –respondió Crético.

Mi familia no tenía muy buen concepto de mí en aquella época. Sonaron los tambores, las flautas y los sistros mientras unos muchachos hacían oscilar incensarios, envolviéndonos en una nube de fragante humo. Crético lo soportó con el debido estoicismo, pero yo disfrutaba con todo.

–¡Bienvenido a Alejandría, noble senador Metelo! –exclamó un hombre alto vestido con un traje azul a franjas doradas. Se dirigía a Crético, no a mí–. ¡Bienvenido, Quinto Cecilio Metelo, conquistador de Creta! –No llegó a ser una verdadera guerra, pero el Senado decidió concederle el título y el triunfo–. Yo, Políxeno, tercer eunuco de la corte del rey Filópator Filadelfo Neo Dionisio, Tolomeo XI, te doy la bienvenida y te concedo ciudadanía de honor y

plena libertad en nuestro palacio en prueba del profundo afecto y respeto que desde hace tanto tiempo existe entre Roma y Egipto.

Al igual que los demás funcionarios de la corte, Políxeno llevaba una peluca negra de corte recto al estilo egipcio, mucho maquillaje negro alrededor de los ojos, y carmín en las mejillas y los labios.

—¿Qué significa tercer eunuco? —me preguntó Hermes en voz baja—. ¿Los otros eunucos tienen un solo testículo o algo así?

La verdad es que yo también me lo estaba preguntando.

—En nombre del Senado y del pueblo romano —respondió Crético—, tengo la autoridad y el privilegio de expresaros la gran estima que siempre hemos profesado al rey Tolomeo, la nobleza y el pueblo egipcios.

Los cortesanos aplaudieron y gorjearon como palomas amaestradas.

—Entonces acompáñanos al palacio, donde hemos preparado un banquete en tu honor.

Eso estaba mejor. Tan pronto como había sentido cierta solidez bajo los pies había recuperado el apetito. Al son de los tambores, las flautas, los sistros y los címbalos, cruzamos la puerta de la Luna. Algunos miembros del contingente romano se apiñaron alrededor de nosotros y reconocí un rostro. Se trataba del primo de la gens Cecilia apodado Rufo por su cabello pelirrojo. No solo era pelirrojo sino zurdo. Con esa combinación no tenía nada que hacer en la política romana, así que siempre lo enviaban a servir al extranjero. Apoyó una mano en mi hombro y me echó a la cara un aliento que apestaba a vino.

—Me alegro de verte, Decio. ¿Has vuelto a crearte dificultades en Roma?

—El viejo juzgó oportuno que me ausentara un tiempo. Clodio ha logrado finalmente convertirse en plebeyo y se ha presentado como candidato a tribuno. Si lo nombran,

tampoco podré volver el año que viene. Tendrá demasiado poder.

—Mal asunto —respondió Rufo—. Pero estás en el único lugar del mundo donde no se echa de menos Roma.

—¿Tan estupendo es? —pregunté, animándome ante la perspectiva.

—Increíble. El clima es maravilloso todo el año, puedes obtener todos los vicios del mundo a precios irrisorios, los espectáculos públicos son soberbios, sobre todo las carreras, y la vida de la buena sociedad no termina con la puesta del sol. Decio, amigo mío, nunca te han besado el trasero hasta que lo hace un egipcio. Consideran a los romanos dioses.

—Intentaré no decepcionarlos —respondí.

—Y las calles están limpias. Claro que no tienes por qué andar por ellas si no quieres.

Hizo un ademán señalando las literas que nos aguardaban justo al otro lado de la puerta de la Luna. Me quedé boquiabierto como un palurdo que ve por primera vez el Capitolio.

Ya había viajado antes en litera, por supuesto. Pero las que utilizamos en Roma las llevan de dos a cuatro hombres, y son una alternativa lenta pero digna a caminar entre el barro y los escombros. Estas eran muy diferentes. Para empezar, cada una era transportada por al menos cinco nubios negros, que sostenían al hombro varas tan largas como mástiles de un barco. En cada litera había asientos para acomodar a diez pasajeros por lo menos, y accedías a ellos mediante una escalera. Y una vez que nos sentamos y nos levantaron del suelo, estábamos más alto que las ventanas de los segundos pisos.

El asiento que había ocupado era de ébano incrustado de marfil y estaba cubierto de pieles de leopardo. Por encima de mi cabeza había un toldo que protegía del sol, y un esclavo armado con plumas me abanicaba y mantenían a raya las moscas. Era una auténtica mejora con respecto a

los galos. Con gran alivio vi cómo Crético y los eunucos se acomodaban en la otra litera. Los músicos se colocaron en la parte inferior de las literas mientras las bailarinas y los volteadores se situaban a lo largo de los postes, ingeniándose para esquivar a los porteadores. Entonces, como imágenes de los dioses en una procesión sagrada, partimos.

Desde mi estratégica posición no tardé en comprender cómo unos vehículos tan enormes lograban cruzar la ciudad. Las calles eran anchas y totalmente rectas, algo insólito en Roma. La que estábamos recorriendo cruzaba de norte a sur la ciudad.

—Esta es la calle del Sema, el mausoleo de Alejandro —me explicó Rufo, sacando de debajo del asiento una jarra de vino. Sirvió una copa y me la ofreció—. En realidad no se encuentra en esta calle, sino cerca.

Dejamos atrás numerosas calles transversales, todas rectas pero no tan anchas como la que estábamos recorriendo. Todos los edificios eran de piedra blanca y de primera calidad, a diferencia de Roma, donde en la misma manzana encuentras mansiones y casuchas. Más tarde me enteré de que en Alejandría todos los edificios se construían totalmente de piedra, sin armazón, suelos o techos de madera. La ciudad entera era a prueba de fuego.

Al llegar a una calle aún más ancha que la que recorríamos, las literas giraron hacia el este como barcos virando en favor del viento. La multitud aclamaba nuestra pequeña procesión al ver las distintivas ropas romanas. Claro que había excepciones. Los soldados, que parecían apostados en cada esquina, nos miraban con amargura. Pregunté acerca de ellos.

—Son macedonios —explicó Rufo—. No debes confundirlos con los macedonios degenerados de la corte. Estos son bárbaros que vienen de las colinas.

—Macedonia ha sido una provincia romana desde tiempos de Paulo Emilio —repuse—. ¿Cómo es que tienen aquí

un ejército?

—Son mercenarios al servicio de los Tolomeos. No les gustan mucho los romanos.

Le tendí la copa para que me la llenara de nuevo.

—No me extraña, teniendo en cuenta las veces que los hemos derrotado. Lo último que he oído es que siguen sulevados. Enviaron a los hombres de Antonio Hibrida.

—Son tipos duros —comentó Rufo—. Lo mejor es mantenerte alejado de ellos.

Aparte de los soldados con cara de pocos amigos, los habitantes de la ciudad parecían gente alegre y cosmopolita. Nunca he visto tal combinación de color de tez, cabello y ojos salvo en un mercado de esclavos. Predominaban las indumentarias griegas, pero había trajes típicos de diferentes partes del mundo, desde túnicas del desierto hasta pieles y plumas de la selva. El efecto de toda esa piedra blanca era suavizado por las plantas que colgaban de los balcones y de los huertos de las azoteas. Los jarrones estaban llenos de flores y las coronas colgaban en profusión.

Muchos de los templos estaban dedicados a deidades griegas, asiáticas y egipcias. Había incluso un templo romano, un ejemplo de ese dar coba del que tan expertos son los egipcios. Sin embargo la principal divinidad de la ciudad era Serapis, un dios creado expresamente para Alejandría. Su templo, el Serapeum, era uno de los más famosos del mundo. Aunque su arquitectura era predominantemente griega, por todas partes se veían motivos ornamentales egipcios. Y abundaban los extraordinarios jeroglíficos egipcios.

Más adelante empezó a oírse el sonido de unos músicos que armaban aún más estruendo que los que nos acompañaban. De una calle lateral salió una procesión exaltada, y la litera que llevaba al grupo de personalidades de la corte se detuvo para cederles el paso. Un grupo de fieles en éxtasis irrumpieron en la gran avenida, mu-

chos de ellos cubiertos únicamente con minúsculas pieles de cabra, con los cabellos sueltos y girando frenéticos al son de las panderetas. Otros, sin dar tantas muestras de frenesí, vestían trajes de gasa blanca y tocaban el arpa, la flauta o el ineludible sistro. Observé todo con interés, porque aún no había estado en ninguna zona griega y las celebraciones dionisiacas hacía tiempo que habían sido prohibidas en Roma.

—Otra vez son ellos —dijo Rufo con disgusto.

—En Roma los han expulsado de la ciudad —comentó un secretario de la embajada.

—¿Son ménades? —pregunté—. Es extraño que realicen sus ritos en esta época del año.

Advertí que algunos blandían serpientes, y que entre ellos había unos cuantos jóvenes con la cabeza rapada y con expresión de estar ausentes.

—Nada tan respetable —respondió Rufo—. Son seguidores de Ataxas.

—¿Un dios local? —inquirí.

—No, un hombre santo de Asia Menor. La ciudad está llena de tipos como él. Lleva aquí un par de años y ya tiene una horda de seguidores. Hace milagros, predice el futuro, hace hablar a las estatuas y esa clase de cosas. Esto es algo que descubrirás en los egipcios, Decio. En lo que se refiere a la religión no tienen sentido de la decencia. Ni *dignitas* ni *gravitas*. No les atraen los decentes ritos romanos, sino solo aquellos en que los fieles se involucran y exaltan.

—Qué asco —murmuró el secretario.

—Parecen divertirse —comenté.

Pero en aquellos momentos cruzaba la calle una gran litera aún más alta que la nuestra, acarreada por más fieles en tal estado de frenesí que a duras penas lograban mantenerla en equilibrio. En ella, sobre un trono, se hallaba sentado un hombre con una extravagante túnica color púrpura tachonada de estrellas doradas, y un alto tocado

terminado en una medialuna plateada. Alrededor de uno de sus brazos tenía enroscada una serpiente enorme y en el otro sostenía un flagelo de los empleados para azotar a los esclavos rebeldes. Tenía la barba negra, la nariz larga y los ojos de color oscuro. Miraba al frente, como ajeno al alboroto que había causado.

–El gran hombre en persona –se burló Rufo.

–¿Ese es Ataxas? –pregunté.

–El mismo.

–Me preguntaba por qué una procesión de altos funcionarios cede el paso a una frenética multitud que en Roma habría sido expulsada y perseguida por perros molosos.

Rufo se encogió de hombros.

–Así es Alejandría. Bajo esta capa de cultura griega, la gente es tan supersticiosa y está tan supeditada a los sacerdotes como en tiempos de los faraones.

–En Roma tampoco andamos cortos de charlatanes religiosos –señalé.

–Advertirás la diferencia al poco tiempo de estar en la corte –me aseguró Rufo.

Una vez que pasó de largo la delirante procesión, reanudamos nuestra majestuosa marcha. Me enteré de que la calle que estábamos recorriendo se llamaba Canópica y era la principal vía pública que cruzaba Alejandría de este a oeste. Como todas las demás, era totalmente recta y se extendía de la puerta de la Necrópolis, al oeste, a la puerta Canópica, al este. En Roma era rara la calle por donde pasaban dos hombres sin tener que ponerse de lado. En la vía Canópica dos literas como las nuestras pasaban sin dificultad, dejando incluso espacio para los transeúntes.

Había normas estrictas acerca de cuánto podían sobresalir los balcones de las fachadas de los edificios, y estaba prohibido extender cuerdas de tender sobre la calle. Esto era en cierto modo una novedad interesante. Pero quien ha crecido en Roma adquiere un gusto por el caos, y tanta

regularidad y orden terminan volviéndose opresivas. Comprendo que en principio parece una buena idea levantar una ciudad donde nunca la ha habido y evitar repetir los defectos de las ciudades que crecen desparramadas como Roma. Pero no me gustaría vivir en una ciudad que parezca una auténtica obra de arte. Creo que esto explica la reputación de libertinos y disolutos que tienen los alejandrinos. Una persona obligada a vivir en un entorno tan perfecto que podría haber sido diseñado por Platón, debe buscar como sea desahogo y esparcimiento, en contra de lo que piensan los filósofos. La corrupción y el libertinaje no son las únicas respuestas, pero son sin duda las más atractivas.

Al cabo de un rato giramos hacia el norte y nos adentramos en un gran camino procesional. Más adelante había varios conjuntos de edificios imponentes, algunos dentro de murallas con almenas. Al encaminarnos hacia el norte dejamos a nuestra derecha el primero de estos grandes complejos.

—El museo —dijo Rufo—. Aunque forma parte del palacio, está fuera de los muros fortificados.

Era un lugar imponente, con una amplia escalinata que conducía al templo de las Musas, que daba nombre a todo el conjunto. Más importante que el templo era el grupo de edificios que lo rodeaban, donde muchos de los sabios más grandes del mundo habían realizado sus estudios a expensas del Estado, publicando periódicos o dando conferencias si así lo requerían. No había nada parecido en todo el mundo, de ahí que adoptara el nombre del templo. En años posteriores otras instituciones semejantes, fundadas a imitación de esta, recibieron también el nombre de museos.

Aún más famosa que el museo era la gran biblioteca contigua a este. Allí se guardaban los mejores libros del mundo y se hacían copias que se vendían por todo el mundo civilizado. Detrás del museo se veía el gran tejado